

Después de ver lo más notable, faltábanos aún que observar lo que se hallaba en el centro, que eran dos ó tres grupos y algunos personajes sueltos: llegamos ante uno de estos que se encontraba sentado, y tenía una sonrisa tan perfecta, que desde luego nos admiró. Su aspecto era el de un inglés, vestía como un particular, y sostenía con sus dos manos un libro en el que leía.

Nosotras lo vimos atentamente, y nos pareció tan natural aquella sonrisa, que llamamos á nuestra familia, y señalándoles al personaje les dijimos: ¡Miren vdes. si se puede imitar mejor que esto la risa!.....

Todos entónces, como nosotras, comenzaron á verlo y examinarlo minuciosamente, cuando pudimos notar que aquel personaje, que hasta entonces no había hecho ni un solo movimiento, comenzó á menearse, y por grados fué también poniéndose colorado.

Esto, como se comprenderá fácilmente, nos llamó mucho la atención; no pudiendo más, tomamos nuestra pequeña guía, y comenzamos á agacharnos para buscar en aquel personaje el número que tenía.

Entonces fué cuando nuestro real personaje no pudo más; púsose encendido de vergüenza, cerró

su libro, y sin vernos siquiera se levantó de su asiento y se retiró de aquel lugar.

Nosotras nos llenamos de pena, porque esto nos daba á conocer el error que habíamos sufrido, y el mal rato que habíamos dado al pobre inglés confundiéndolo con una de las figuras de cera que allí existían. Nuestras palabras no las comprendió él sin duda, porque habíamos estado hablando en español mientras lo examinábamos y hacíamos nuestras ponderaciones sobre la perfección de la risa, pero como después le buscamos el número, esto debe haberlo comprendido perfectamente. Sin embargo, poco á poco nuestra pena se fué calmando, y convirtiéndose por el contrario en risa, pensando en la extraña impresión que produciría al pobre inglés lo que hacíamos, y el equívoco en que habíamos incurrido, causándole risa y mortificación al mismo tiempo, al verse rodeado por tantas personas que lo tomaban por una estatua, y esto lo indicaba el color de su rostro, que como hemos dicho por grados se fué encendiendo, hasta que no pudiendo más, tomó el partido de pararse é irse.

Estas reflexiones produjeron después en nosotros hilaridad y buen humor, y tuvimos que hacer grandes esfuerzos por contenernos.

La diversión nos duró por varios días, y este

recuerdo se mantiene tan vivo, que no puede menos de exitarnos la misma hilaridad siempre que lo recordamos. Eramos tan niñas en esa época, que la impresion que recibimos fué muy viva, y se grabó profundamente en nuestro corazón.

Concluida la visita de ese salon, nos trasladamos á una pequeña alcoba inmediata, que representaba completa la pieza en que murió Napoleón en la isla de Santa Elena.

Esta pieza hallábase á media luz, y formaba por lo mismo un verdadero contraste con la luz inmensa de los salones que habíamos recorrido, lo cual le daba un aspecto imponente.

Napoleon se hallaba acostado en un pequeño catre, en los momentos en que acababa de espirar.....

Aquella escena infundía en el alma movimientos muy marcados de tristeza.

¡Oh! el corazón sensible se impresiona aun por las cosas que le son mas extrañas, y cuántas veces los acontecimientos históricos mas remotos arrancan á nuestros ojos lágrimas y al corazón suspiros!

Contemplar allí tendido en un pequeño lecho á uno de los hombres mas grandes que han aparecido en el mundo, léjos de su patria, caído de

un trono, encadenada su voluntad, y reducido á los límites de una isla que le servia de cárcel él que habia dispuesto de los destinos de la Europa como árbitro y soberano.....

¡Qué espectáculo tan terrible! apenas puede esto creerse!

La Inglaterra lo trató como el verdugo trata á su víctima, y este es un baldon para la Gran Bretaña.

Dejamos esa pieza que encerraba tan tristes recuerdos, y penetramos en otra, que no era ménos lúgubre: habia en ella algunas armaduras de fierro, y las cabezas ensangrentadas de los mas famosos malhechores que habian sido ahorcados ó guillotizados en Inglaterra.

Aquellos rostros pálidos, con los ojos hundidos, y de un aspecto tan imponente, no pudo ménos de producirnos cierto secreto horror, y algun temor como niñas que aun éramos; no queriendo por lo mismo permanecer mucho en esa estancia, manifestamos á nuestros queridos padres el deseo de pasar pronto á otra, y en efecto algunos momentos despues pasábamos, bajando por una escalera estrecha, y nos encontramos en el interior de una hermita, iluminada tan solo por la ténue luz de una lámpara.

Todo allí respiraba el recojimiento, y el alma

se sentía impresionada á la vista de aquel recinto tan severo é imponente: en un ángulo de la pieza se hallaba una pobre mesa de rústico leño, sobre la cual se veía una calavera, recuerdo palpitante de la muerte, y triste vestigio de la humanidad doliente! imágen patética del que pasó para no volver jamás!.....

Al lado de la mesa, y sumergido en una oración profunda, hallábase un hermitaño de avanzada edad, de semblante apacible y sereno, en el que se pintaba la tranquilidad de la virtud; esto contrastaba notablemente con la espresion que se pintaba en los rostros demacrados de los decapitados que acabábamos de contemplar.

Sobre la mesa del hermitaño corría y retosaba un raton, pero habia tal naturalidad en sus movimientos, que nadie al verlo hubiera creido que aquel animal era de cera.

Realmente todo en ese museo se halla á la perfeccion, y es un lugar digno de visitarse, tanto por la coleccion de figuras tan completas que hay en él, no faltando uno solo de los soberanos y personajes notables bajo todos conceptos, como por el mérito real que se encuentra en todas estas figuras verdaderas obras de arte.

De regreso de la hermita, al pasar de nuevo por la pieza donde existian tantos recuerdos de

Napoleon, nos detuvimos ante el carruaje que le servia para sus viajes, que ántes solo habiamos visto de paso, y que entónces nos propusimos contemplar detenidamente.

La forma del carruaje era anti-elegante: en su exterior presenta un aspecto antiguo y desagradable, pero en cambio su interior presentaba todas las comodidades posibles.

Aquel carruaje, único en su género, servía al monarca de morada durante el dia, y de reposo en la noche, pues en él tenía todo lo que le era necesario: para su reposo en la noche lo podia convertir en un lecho en el que se entregaba al descanso. Durante el dia, serviale de bufete, de comedor, y de todo á la vez. Colocado en la testera, el asiento comun de un carruaje, mediante un resorte, aparecia ante él un escritorio con todos sus útiles para el despacho, y éste se convertia á su vez en una mesa limpia de todo, donde se le ponía la comida; sirviendo así el carruaje de mucho, y sufriendo continuamente mil trasformaciones.

Nosotras contemplamos admiradas aquel coche, construido bajo la direccion del monarca, y ántes de separarnos de aquel sitio, quisimos subir á él y ocupar un instante, el lugar que por tanto tiempo, aquel hombre insigne habia ocupa-

do, cuando empuñando en su mano el cetro del poder, habia regido del mundo los destinos!.....

En fin, nos apartamos de aquella pieza cuyos recuerdos históricos tanto nos contristaban, y como ya lo habiamos recorrido todo, atravezamos de nuevo para salir, los suntuosos salones que ya habiamos visto, y de los que pronto la animacion y la alegría fué borrando las tristes impresiones que nos habian producido las piezas últimas que acabábamos de visitar.

Introducidas de nuevo en aquel laberinto donde las gentes se toman por figuras, y las figuras por gentes, se ensanchó nuestro espíritu, y ya con la sonrisa en los labios, vimos aquellos espaciosos salones, teatro de tantos equívocos y risibles escenas. Allí todo respira vida, animacion y alegría.

Es admirable la perfeccion á que ha llegado en Inglaterra la escultura en cera.

Serian como las once de la noche cuando regresamos al hotel: por nuestro gusto hubieramos permanecido allí varias horas más, pero no era esto posible. Nos acostamos pronto y como nos hallábamos muy fatigadas, un sueño reparador se apoderó de nosotras, despues de tan gratas impresiones y variadas escenas.

Nuestra partida de Lóndres debia verificarse

ya, era el sétimo dia que llevábamos de permanencia en esta capital, de modo que nos propusimos dar ese dia otro paseo general por la ciudad, visitar sus templos que tampoco habiamos visto, y entrar á sus teatros, etc., etc.

Desde temprano nos pusimos en movimiento, tomamos dos carruajes, y papá mandó á los cocheros que nos llevasen á recorrer lo principal de la ciudad, sus paseos y calles mas notables de comercio, y sus hermosos templos.

Nuestros carruajes caminaban veloces, y en el primer sitio en que se detuvieron fué en Hyde Park, paseo al cual se nos dijo concurrían en las tardes millares de personas de ambos sexos, á caballo, á pie y en carruaje, produciendo este concurso una animacion extraordinaria, á la cual tambien se unia el lujo de ostentar los buenos trajes, caballos y libreas.

Enfrente de la arcada central que forma la entrada principal, se ve un *Aquiles* colosal, hecho con bronce, y cañones tomados en veinticuatro batallas á diversos enemigos.

En la grande avenida destinada á los transeuntes y que es muy extensa, se encuentran muchas veces hasta 50,000 paseantes. Hay un puente de fierro y un arco triunfal que llaman desde luego

la atencion, y la naturaleza es allí rica y exuberante.

Al Norte de Hyde Park, está situado Regents Park, formado en 1812. Está rodeado de magníficos edificios, entre los cuales fijó de un modo particular nuestra atencion Cumberland Terrase, y tiene una avenida de cerca de dos millas de extension destinada á los carruajes, y cortada por otra muy hermosa, de la cual se desprenden vistosos senderos en todas direcciones.

Despues de disfrutar de la vista de este parque, nos trasladamos al de Victoria, situado en la parte Este de Lóndres, y cubierto de árboles frondosos, que le dan un aspecto hermoso; se ven en él tambien algunas glorietas con asientos, donde regularmente las ayas, que llevan á tomar el aire á los niños, descansan mientras estos juegan; y por cierto que es muy laudable esta costumbre; pues los parques y jardines son los sitios mas apropósito para los niños, por lo saludables que son, y lo que ayudan al desarrollo, y por lo mismo es muy bueno llevarlos aun ántes de que comiencen á andar, pues el aire benéfico y libre que allí se respira les es muy provechoso, llenándolos de vida, de lozanía y de salud; el color de su rostro es fresco y hermoso; sus movimientos son desembarazados, y el tiempo que perma-

necen allí se le vé de buen humor; en lugar de jugar encerrados en sus casas, sus juegos son al aire libre, y esto les es muy provechoso, les da fuerzas para su pronto crecimiento, y los mantiene llenos de vida y de salud, formando contraste con los que no poniendo en práctica este medio, se ven pálidos, escuálidos y descarnados, en extremo delgados, tristes y taciturnos, sin gusto para nada, y entregados al sueño, mostrando una constitucion raquítica proveniente de que no los hacen partícipes del aire y naturaleza que tanto influye en ellos, y es tan preciso en su edad para librarlos de la atmósfera corrompida de las casas y ciudades.

¡Qué triste situacion! Pobres niños! ¡Cuánto no envidiarían las madres la frescura de los otros, sin saber que la causa del malestar de sus hijos en gran parte en ellas mismas consiste.

Algunas por indolencia, otras por no molestarse y muchas por un cuidado mal entendido, son causa de que sus hijos en vez de criarse robustos y saludables, se hallen marchitos y sin vida en la época en qué debían de tenerla con exuberancia. Es preciso en este punto seguir las costumbres europeas, y entonces se comprenderá prácticamente las inmensas ventajas que resul-

tan de variar en el sentido indicado la crianza de los niños.

Ojalá en nuestra patria querida, se adopte generalmente este sistema higiénico que hemos observado en otros países, y que es tan útil. Tesoro realmente que jamás podrá ser bastante estimado en todo su valor.

Al terminar este capítulo, nos desviamos un poco de la narracion de nuestros paseos, por entrar á examinar las costumbres más ó ménos vivificas ó funestas de los países que hemos visitado; vamos ahora á seguir hablando de nuestras escursiones.

CAPITULO XXIV.

El Támesis. Número de buques que ordinariamente entran en él. Templos Dunstant church Bridé y church. Edificios destinados a objetos de beneficencia Andrew church. Iglesia del Salvador. La de Magnees. Hospital de Santo Tomas. Teatro real de la ópera. Regent Street. Vista exterior del palacio de la reina y de la Bolsa. Escursion ligera hecha por la noche ántes de partir de Lóndres. El aspecto ordinario de la ciudad. Carácter de sus habitantes. Nuestras impresiones. Partida de Lóndres.

En nuestras escursiones y paseos atravesábamos con frecuencia, y contemplábamos con placer el hermoso rio que divide esta grandiosa ciudad, y muy justo es que le destinemos algunas líneas.

El Támesis se forma de las sierras del Tam y del Ise; atraviesa Oxford, Reading, Windsor y Lóndres, y se precipita en el mar del Norte en Sheerness; presenta una hermosa vista y es bastante ancho.